

B. A. SHAPIRO

LA
FALSIFICADORA
DE
ARTE

bovéda

Título original: *The Art Forget*
Publicado por primera vez en los Estados Unidos

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2018

© Barbara A. Shapiro, 2012
Publicado por acuerdo con Algonquin Books of Chapel Hill,
una división de Workman Publishing Company, Inc., Nueva York.
© traducción: Mado Martínez, 2018
© de esta edición: Algaida, 2018
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-78-4
Depósito legal: Se. 423-2018
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Uno	17
Dos	31
Tres. Tres años antes	39
Cuatro	47
Cinco	59
<i>Del puño y letra de Isabella Stewart Gardner</i>	69
Siete	73
Ocho	79
Nueve. Tres años antes	87
Diez	93
Once	101
Doce. Tres años antes	109
Trece	115
<i>Del puño y letra de Isabella Stewart Gardner</i>	125
Quince	129
Dieciséis	139
Diecisiete. Tres años antes	147
Dieciocho	153
<i>Del puño y letra de Isabella Stewart Gardner</i>	161
Veinte	167

Veintiuno. Tres años antes	183
Veintidós	189
Veintitrés	197
Veinticuatro	207
Veinticinco. Tres años antes	219
Veintiséis	223
Veintisiete	231
Veintiocho. Tres años antes	239
Veintinueve	241
<i>Del puño y letra de Isabella Stewart Gardner</i>	255
Treinta y uno	261
Treinta y dos. Tres años antes	271
Treinta y tres	275
<i>Del puño y letra de Isabella Stewart Gardner</i>	283
Treinta y cinco	287
Treinta y seis. Tres años antes	295
Treinta y siete	303
<i>Del puño y letra de Isabella Stewart Gardner</i>	315
Treinta y nueve	321
Cuarenta	329
Cuarenta y uno	339
Cuarenta y dos	349
Cuarenta y tres	357
Cuarenta y cuatro	373
Cuarenta y cinco	385
Cuarenta y seis	397
Cuarenta y siete	407

Cuarenta y ocho	415
Cuarenta y nueve	421
Epílogo. Seis meses después	427
Agradecimientos	435
Comentarios sobre la investigación	437
Nota de la autora	441
Guía de lectura	445

A Dan, quien jamás se rindió

Un pintura es, por encima de todas las cosas,
producto de la imaginación del artista; jamás
debe ser una copia.

EDGAR DEGAS

21 ANIVERSARIO DEL ATRACO AL GARDNER

El mayor robo de arte de la historia sigue sin resolver

Boston, MA —En la madrugada del 18 de marzo de 1990, dos hombres disfrazados de agentes de policía atacaron y amordazaron a dos vigilantes de seguridad en el Museo Isabella Stewart Gardner, y robaron trece obras de arte valoradas en quinientos millones de dólares en el mercado actual.

El alijo incluía obras maestras de valor incalculable, tales como *Tormenta en el mar de Galilea* de Rembrandt, *El concierto* de Vermeer, y *Después del baño* de Degas. A pesar de las miles de horas de trabajo policial, de la prescripción del delito, y de los cinco millones de dólares de recompensa, las obras de arte no han podido ser recuperadas.

A lo largo de las dos últimas décadas, el FBI ha investigado a conocidos ladrones de arte y sospechosos conectados con el crimen organizado, el terrorismo internacional y la Iglesia católica. Los agentes siguieron pistas a través de Estados Unidos, Europa y Asia. Entre los sospechosos estaba el hijo de un oficial de policía, el IRA, Whitey Bulger y la mafia de Boston, un tratante de antigüedades, un informante de Scotland Yard y un empleado de la casa de subastas de Nueva York. Hasta la fecha no se ha efectuado ningún arresto.

El Museo Gardner pide a todo aquel que pueda ofrecer información sobre el paradero de las obras de arte que se ponga en contacto con la oficina del FBI de Boston.

Boston Globe

17 de marzo de 2011

UNO

RETROCEDO UN PASO Y ESCRUTO LAS PINTURAS. HAY ONCE, aunque tengo cientos, tal vez miles. Mi plan es enseñarle sólo las piezas de mi serie de ventanas. O no. Me saco el móvil del bolsillo, miro la hora. Todavía puedo cambiar de idea. Quito *Torre*, un cuadro hiperrealista de los reflejos de los cristales del edificio Hancock, lo sustituyo por *Acera*, una pintura abstracta de la Avenida Commonwealth a través de un ventanal de salón exterior. Luego vuelvo a cambiar el orden.

Llevo trabajando en esta serie de ventanas dos años, durante los cuales he estado explorando la ciudad, cargada con mi cuaderno de dibujo y mi Nikon. Ventanas de iglesia, ventanas reflejantes, balconeras de Boston. Grandes, pequeñas, viejas, rotas, con marcos de metal, con marcos de madera. Ventanas desde el exterior y desde el interior. Me gustan, especialmente en las tardes de invierno, antes de que los que están en el interior perciban que afuera el cielo está oscureciéndose y bajen las persianas.

Coloco *Acera* junto a *Torre*. Ahora hay una docena, un bonito número redondo. Pero ¿está bien? Si hay muchos cuadros se agobiará. Si hay pocos no podrá captar mi amplio abanico, tanto de forma como de estilo. Es tan difícil elegir. Esta es una de las razones por las que las visitas de estudio me ponen tan nerviosa.

¿Y qué pasa con esta visita? Soy una paria en el mundo del arte, apodada la «Gran Farsante». Lo he sido durante casi tres años. Y de repente Aiden Markel, el propietario de la renombrada galería Markel G, está de camino a mi *loft*. Aiden Markel, quien tan sólo hace unos meses apenas se dio cuenta de mi presencia cuando pasé por la galería para ver una obra. Y ahora, de repente, se muestra amigable, me hace cumplidos, me pide ver mi último trabajo, dejando su querida galería de la calle Newbury para dejarse caer por el SOWA con el fin de apreciar mis punturas «*in situ*», como dijo.

Echo un vistazo a los dos cuadros que tengo en los caballetes. *Mujer saliendo del baño*, una mujer desnuda saliendo de la bañera y siendo atendida por una doncella, pintado por Edgar Degas a finales del siglo XIX; esta versión fue pintada por Claire Roth a principios del siglo XXI. El otro está a medio terminar: *El jardín de árboles en flor* de Camille Pissarro, Primavera, Pontoise. Reproducciones.com me paga por pintarlos, y luego los vende *online* como «réplicas perfectas» cuya «procedencia únicamente un historiador del arte podría discernir» por diez veces más de lo que me pagan a mí. Son mis últimos trabajos.

Vuelvo a mis ventanas, paseo por delante, entorno los ojos, vuelvo a pasearme un poco más. Tendrán que servir. Lanzo una manta mexicana sobre el colchón arrugado de la esquina, recojo los platos sucios que hay desperdigados por el estudio y los tiro al fregadero. Considero por un instante ponerme a fregarlos. Decido no hacerlo. Si lo que quiere Aiden Markel es una experiencia *in situ*, tendrá una *in situ*. Eso sí, relleno un bol con cacahuetes y saco una botella de vino blanco —jamás tinto en una visita de estudio— y un par de vasos.

Me encamino distraídamente hacia la parte delantera del estudio y miro la hilera de ventanas de la avenida Harrison. La



misma vista que en *Loft*. Paso un montón de tiempo en este sitio, haciendo como que trabajo en mi último proyecto, pero mayormente soñando despierta, espiando, cayendo en los brazos de la procrastinación. Vivo en un cuarto, y cada una de las ventanas que hay frente a mí se extiende a sesenta centímetros del suelo hasta sesenta centímetros por debajo del techo de cuatro metros y medio.

Este edificio fue en otro tiempo una fábrica —pañuelos de papel, según me contó alguna vez un vejstorio. Pero los vejstorios no son precisamente conocidos por su veracidad, así que podría haber sido de sombreros, tirantes, o no haber sido ni tan siquiera una fábrica. Ahora es una madriguera de estudios de artistas, algunos, como en mi caso, con una cama para quedarse a dormir... Y vivir. De forma ilegal, por supuesto, pero barata.

Según los medios de comunicación, el SOWA —Sur de Washington— es el nuevo distrito de moda al sur del sur del sur de Boston; el norte era la nueva área de moda hace diez años. Pero para mí, y para todos los que pasan algo de tiempo por estos lares, está prácticamente en la cúspide. Almacenes, proyectos, un famoso asilo para gente sin hogar, y unas pistas abandonadas de baloncesto forman la base de un barrio erráticamente cicatrizado con restaurantes caros, galerías de arte, y prístinos edificios residenciales protegidos por seguridad. El rugido de la interestatal 93 es tan constante que suena a silencio. No querría vivir en ningún otro lugar.

Abajo, Aiden Markel gira por la esquina de East Berkeley con su zancada desgarbada y grácil. Incluso a medio bloque de distancia, puedo ver que lleva unos pantalones a medida —yo diría que de lino— y lo que probablemente sea una camisa de quinientos dólares. Estamos a veintinueve grados, a última hora de la tarde veraniega, y el tío parece que acabara de salir de su

condominio de Back Bay en una fría mañana de septiembre. Se saca el móvil, echa un vistazo a mi edificio, y toca la pantalla. Me suena el teléfono.

NO HAY ASCENSOR ni aire acondicionado en los pasillos y las escaleras. Cuando llegamos a la cuarta planta, la respiración de Markel es regular y su ropa no está mojada. Está claro que el tipo se machaca en el gimnasio. Eso sin mencionar que no ha parado a tomar aliento desde que le invité a pasar por la puerta. Nadie diría que apenas nos hemos dirigido la palabra en tres años.

—El otro día estaba justo a la vuelta de la esquina —dice Markel, prosiguiendo su monólogo de charla—. Dedham y Harrison. Fui a ver el nuevo proyecto de Pat Hirsi. Le conoces, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Está trabajando con adoquines. Muy ingenioso.

Empujo la ancha puerta de acero a dos manos.

Markel pone un pie en el umbral, respira profundamente, y cierra los ojos.

—No hay nada como el olor de un artista en plena faena. —Mantiene los ojos cerrados, que no es exactamente como quiero que los tenga; se supone que está aquí para mirar mis cuadros, enamorarse de ellos, y montarme una exposición individual en la Markel G. Bien. Como si eso fuera a suceder. Aunque ahora mismo, qué pasará y por qué son preguntas cuyas respuestas se me escapan.

—¿Te apetece un vino? —pregunto.

Finalmente abre los ojos y me propina una lenta y cálida sonrisa.

—¿Me acompañas?



No puedo evitar devolverle la sonrisa. No es el clásico atractivo, sus rasgos son demasiado anchos, pero hay algo en la forma en la que se maneja, esos ojos tan abiertos, el hoyuelo de la barbilla, que me atrae. Carisma, supongo. Eso y la historia que compartimos hace tiempo.

—Claro. —Agarro una pila de lienzos que, no sé cómo, he olvidado que estaban amontonados sobre mi cochambroso sofá y los dejo sobre una mesa de café mucho más cochambrosa aún. A veces creo que estoy viviendo una parodia de mí misma: la artista famélica durmiendo en un colchón de su estudio para ahorrarse el alquiler. Es lo que hay.

Markel no se mueve. Se queda mirándome fijamente durante un buen rato, y luego cambia la dirección de su mirada para posarla por encima de mi hombro, con expresión melancólica. Sé que está pensando en Isaac. Probablemente debería decir algo, pero no sé qué. ¿Que lo siento? ¿Que a mí también me duele todavía? ¿Que yo también perdí a un amigo?

Escancio vino en dos vasos de zumo mientras se acomoda en el sofá. No es una hazaña fácil porque está lleno de grumos y demasiado hundido. Debería comprar uno nuevo, o por lo menos uno de segunda mano, pero el casero me acaba de subir el alquiler, y estoy prácticamente en la ruina.

Me siento en la mecedora, delante de él, y me inclino hacia delante.

—Oí que te fue fabulosamente bien con la exposición de tu Jocelyn Gamp.

Toma un sorbo de vino.

—Eran sus piezas fundidas. Vendió todo lo que tenía. Más tres comisiones. Una dama impresionante. Artista impresionante. El Met pidió una visita de estudio.

Me gusta la forma en la que no se arroga ningún mérito. «Vendió» en lugar de «vendí», o incluso en lugar de «vendi-

mos». Extremadamente raro entre los egos descontrolados de la mayoría de representantes artísticos y propietarios de galerías.

—No siempre una exposición logra cobertura en el *New York Times*. —Doy un sorbo.

—Sí, fue un golpe maestro —admite—. Me alegra ver que todavía sigues los tejemanejes del mundillo aunque nosotros no hayamos estado siguiendo los tuyos.

Alzo la vista con una mirada cortante. ¿Qué demonios quiere decir con eso? Pero veo que sus ojos brillan de compasión, tal vez incluso con un poco de culpabilidad.

—El *Desnudo de Naranja* de Isaac se vendió la semana pasada —dice.

Ah. Como todo el mundo sabe, yo fui la modelo que posó para *Desnudo de Naranja*. Por mucho que se trate de un cuadro abstracto, no puede negarse que esa larga e indomable melena roja es mía, como también lo es la palidez de mi piel, o mis ojos marrones. Si no lo hubiera tirado cuando rompimos, el día que saqué todas sus cosas al pasillo, probablemente ahora mismo estaría viviendo en un condominio de Back Bay en lugar de estar de alquiler en un edificio industrial del SOWA. Pero volvemos a lo de siempre, yo no soy del tipo de gente del Back Bay.

—No me digas lo que sacaste por él.

—Te ahorraré ese dolor. Pero la venta me hizo pensar en ti, y en el trato injusto que recibiste.

Lucho porque mi rostro no refleje sorpresa. En los últimos tres años, nadie, excepto unos cuantos colegas del mundo del arte de mi madre —quien nunca entendió realmente nada sobre mí— vio jamás la situación desde mi punto de vista.

—Así que decidí pasarme a ver qué es lo que has estado haciendo últimamente —continúa—. Tal vez pueda ayudar.

Mi corazón brinca ante la oferta, y me levanto de un salto.



—He sacado algunas pinturas de mi última serie. —Señalo hacia los cuadros—. Obviamente, ventanas.

Markel camina hacia las piezas.

—Ventanas —repite, y se aleja para ver toda la docena desde una cierta distancia; luego se acerca a cada una de ellas individualmente.

—Son ventanas urbanas, ventanas de Boston, esquemáticamente, pero en un sentido más multidimensional. No sólo la cara pública de la soledad, sino quiénes somos en muchas dimensiones. Desapercibidos desde el interior. O vistos sin saberlo. En el escaparate desde el exterior, gesticulando u olvidando. Separaciones. Reflejos, refracciones.

—Luz —murmura—. Maravillosa luz.

—Eso, sí, también. Sin luz no se puede ver nada. Y aun con ella, todavía hay tanto inobservado. —Las visitas de estudio me hacen hablar como uno de esos pomposos críticos de arte.

—Tu luz es impresionante. Los valores sutiles. Casi como Vermeer. —Señala *Loft*—. Me asombra las diferentes tonalidades de luz desde la ventana que está allá a la izquierda, a través de las de la derecha. —Se acerca un paso—. Cada una ligeramente diferente, y aun así formando parte de un todo luminoso.

Estoy tan encantada con el teatro que está haciendo... Pero compararme con Vermeer, el maestro de la luz...

—¿Cuántas veladuras estás aplicando?

Soy reacia a admitir la verdad. No sólo porque son pocos los artistas que hoy en día usan las técnicas de óleo clásicas, sino porque los pocos que lo hacen no se acercan ni por asomo a mi nivel compulsivo en la superposición de capas. Me encojo de hombros.

—¿Ocho? ¿Nueve?

Y me quedo corta.

—Tiene una reminiscencia de la luz cayendo sobre las losas blancas y negras del suelo de *El concierto*. —Se acerca todavía más a *Loft*—. La luz proyectándose fuera del edificio, aquí. Es casi como si estuviera acariciando los diamantes de la valla metálica. —Retrocede, examina las pinturas detenidamente, justo como yo lo estaba haciendo antes—. Me encanta cómo juegas con el estilo clásico y los sujetos contemporáneos, con abstracción. Pero son las piezas de arte realista las que me tienen atrapado. —Señala despectivamente *Acera*—. Los abstractos no tienen tanta fuerza.

—¿No son demasiado EDS? —pregunto—. EDS es «encima del sofá» en la jerga artística, un término derogatorio referido a los cuadros que algunos compran únicamente para que hagan juego con la decoración de su casa.

Markel ríe.

—Ni por asomo. Llevo años intentando convencer a la gente de que el realismo no ha muerto. Que no hay nada comparable a un gran talento de óleo clásico.

Una oleada de calor me recorre el cuerpo escalando por mis mejillas. Hace tiempo desde la última vez que alguien dijo algo así sobre mí.

—Tengo muchos más —digo, dirigiéndome hacia la estantería de tres niveles que construí para albergar mis libros de arte y mis lienzos, aunque ahora todo son lienzos, y los libros están semiorganizadamente apilados sobre el suelo. Las estanterías están hechas un desastre, claro está, pero es un desastre que conozco íntimamente.

Empiezo a sacar lienzos antes de que él diga que los quiere ver. Cojo la escalera. La necesito para llegar al estante más alto, que es donde guardo la mayoría de mis pinturas realistas. Las que siempre supongo que a nadie le van a interesar.

—¿Eso son algunas de tus reproducciones? —Oigo decir a Markel desde el otro lado de la estancia.



Me giro a mirar por encima de mi hombro.

—Sí. No suelo tener ninguna acabada aquí. Pero el camión está ocupado toda la semana, así que a Degas no lo vienen a recoger hasta el viernes.

—Reproducciones.com. Me encanta el nombre. ¿Viste el artículo del *Globe* del mes pasado? Te dio una buena proyección —duda—, ¿no?

—No del tipo que yo estoy buscando. —Lo que me faltaba: publicidad por falsificar la obra maestra de otro—. Intenté zafarme de la entrevista, pero Repro no lo permitió.

—¿Le va tan bien como anuncian a bombo y platillo?

—Probablemente mejor —dice, aunque realmente no estoy escuchando ni tengo interés alguno en Repro. Estoy demasiado concentrada en sacar mis mejores pinturas, pero no demasiadas. Lo que está buscando es el valor interesante, profundo y translúcido. No muy fuerte. Otra cosa.

—Esto sí que es EDS —dice señalando el Pissarro, que aunque está sin acabar, está obviamente lleno de árboles cubiertos por masas de flores blancas.

—Para los pretenciosos —ríe.

—Pero pobres —añade.

—No todos tan pobres —digo bajando con tres lienzos bajo el brazo—. Esas cosas se venden por miles de dólares. Decenas de miles para los de mayor tamaño. Desafortunadamente, yo sólo me llevo una fracción de eso.

Quito mis pinturas abstractas de la pared. Las reemplazo por las que acabo de escoger. Me vuelvo hacia él, pero todavía está mirando atentamente el falso Degas.

—Eres jodidamente buena en esto.

—Supera a lo de camarera.

Sus ojos no se despegan de la reproducción.

—Ya te digo.

—La obra tardía de Degas no es tan difícil de copiar. No como sus primeros óleos. Esos sí que son una putada —digo, tratando de ser amable cuando en realidad cada parte de mí se quiere agarrar a Markel y arrastrarle hacia la otra parte del estudio—. ¿Qué pasa con todas esas capas? Pintar y esperar. Pintar y esperar. Te puedes tirar meses, incluso años.

—¿Y Reproducciones.com te tiene a ti haciendo eso?

—No, nunca. Hacer una pieza así costaría cientos de miles de dólares. —Me acerco hasta llegar a su lado—. Degas es mi especialidad, sus óleos, en particular. De hecho estoy certificada, vete a saber lo que eso significa, por Repro. Me dieron el certificado después de asistir a un curso obligatorio. —Señalo una pila de libros en la esquina—. Estoy trabajando en la propuesta de un libro sobre él. Germinación cruzada. Esas cosas. Pero no estoy trabajando tan duro como debiera.

Los ojos de Markel permanecieron pegados a la reproducción de Degas.

—A mí me parece que haciendo esto inviertes tu tiempo mejor. ¿Te valoran como te mereces?

—A veces me dan un extra cuando la gente pide un Degas con el requisito de que yo sea la artista. —Me encojo de hombros—. Aunque difícilmente puedes llamar artista a la persona que copia la obra maestra de un artista.

No me contradice, y gesticulo hacia atrás, hacia mi verdadera obra. Le roba un último vistazo a *Mujer saliendo del baño* antes de seguirme.

Permanecemos en silencio, mirando mis ventanas. Yo me obligo a mí misma a eso, a quedarme callada, para dejar que la obra hable por sí sola.

Tras dos minutos que me han parecido veinte, Markel me toca el brazo.

—Siéntate.



Caminamos hacia el sofá y nos sentamos en extremos opuestos. Termina su vino y se sirve otro. Declino su oferta de rellenarme el mío, aun deseando beber más vino, pero temiendo estar demasiado nerviosa como para soportar otro trago.

Markel se aclara la voz, da otro sorbo.

—Claire, me acaban de dar la oportunidad de mi vida. Una oportunidad de hacerlo bien, realmente bien, para mucha gente. Y tú vas a sentir lo mismo cuando yo te la dé a ti. —Hace una pausa—. Aunque creo que la tuya te va a parecer un trato con el diablo.

No tengo ni puñetera idea de lo que está diciendo, pero he captado la palabra «oportunidad» al vuelo.

—¿Y tú eres el diablo?

Niega con la cabeza vigorosamente.

—El diablo es el que me dio a mí esta oportunidad. Aunque no tengo ni idea de quién es. Está en un nivel superior a mí.

—¿Como Dante?

Quería hacer un chiste, pero él pondera la cuestión, como un profesor intentando responder a un alumno precoz.

—No, supongo que no me he explicado bien. Los peones son la mejor analogía. Pero los peones listos. Los que pueden capturar a la reina. En cualquier caso, estoy mezclando mis metáforas.

—No tengo ningún problema con el diablo. Soy de esas personas que creen que el cielo tiene que ser un lugar muy aburrido. Pero ser un peón tampoco me ha ido nunca.

Esta vez ríe a carcajada limpia, pero sé que es forzado.

—Vale, nos quedamos con el diablo entonces.

Ya está bien.

—*Okay*, pero ¿de qué es de lo que estamos hablando?

Clava sus ojos en los míos.

—Algo no demasiado honesto y respetado...

Le sostengo la mirada.

—Creí que habías dicho que se trataba de una oportunidad para hacer bien las cosas.

—El fin es bueno. Pero los medios son un poco turbios.

—¿Ilegal?

—Hay ilegalidades e ilegalidades.

—¿Y cuál de ellas es esta?

Markel mira a través de la estancia hacia el Degas y el Pissarro.

Ya lo entiendo.

—Oh. —Es lo único que alcanzo a decir.

Toma un sorbo de vino, se relaja en el desvencijado sofá. La parte más incómoda de esta conversación ya ha pasado para él.

Me cruzo de brazos.

—No puedo creer que después de todo lo que ha pasado, lo que me pasó a mí, a ti, a todos vosotros, todavía se os pase por la cabeza pedirme que falsifique un cuadro.

—¿Cuánto te paga Reproducciones.com?

—Me pagan por copiar, no por falsificar.

—Dijiste una fracción. ¿Unos cuantos miles por pintura? ¿Tal vez un poco más?

Normalmente es menos, pero asiento.

—Te pagaré cincuenta mil dólares. Más gastos, por supuesto. Un tercio por adelantado, otro tercio al acabar si estoy satisfecho con el resultado, y el otro tercio tras pasar la prueba de autenticación.

—¿Es por lo que pasó con Isaac?

—Es a pesar de lo que le pasó a Isaac.

Su respuesta me deja estupefacta, y se me debe notar en la cara, porque dice:

—Eres la mejor para el proyecto.



—¿Por encima de todos los artistas que conoces?

De nuevo, atraviesa la estancia con la mirada en dirección a la reproducción de Degas.

—Eres la única en la que puedo confiar para hacerlo.

—¿Cómo sabes que no me iré de la lengua?

—No es tu estilo —dice, lo cual es cierto. La gente que ha estado en el lado equivocado del rumor sabe cuándo mantener el pico cerrado.

—¿Y si te traiciono? Siempre podría ir a la policía.

—No lo harás, no cuando sepas de qué estamos hablando —dice.

—Pues dime.

—Iba en serio cuando dije lo de tus cuadros, Claire. Tienes un talento único. Siempre lo has tenido. Estás fuera del círculo, pero eso no quiere decir que no puedas pintar. —Hace una pausa—. También me gustaría darte una exposición individual en la galería.

Apenas puedo dejar escapar un jadeo.

—En seis, nueve meses —dice—. Cuando hayas acabado este proyecto. ¿Crees que podrías tener listas veinte pinturas para entonces? ¿Realistas? ¿Con muchas veladuras?

Me doy la vuelta para ocultar mi sentimiento de deseo. Mi propia exposición en Markel G. Un sueño imposible.

—Estoy seguro de que puedo conseguir que el reportero del *Times* te dé la misma cobertura que a Jocelyn Gamp —dice.

El *New York Times*. Ventas. Comisiones. El Met pidiendo visitas de estudio. Me duele hasta el corazón.

—Claire, por favor, mírame. —Cuando lo hago, dice—: Te protegeré. Como he dicho, estoy varios niveles por debajo del que realmente sabe, y tú estarás un nivel por debajo de mí.

—¿Dónde está la parte en la que se supone que esto es por el bien de muchos?

—Te contaré todos los detalles cuando te subas al barco.

—Si te crees que voy a dar el sí en un asunto tan misterioso...

Markel se pone en pie.

—Piénsalo, ¿vale? Sólo te pido eso. —Me pone la mano en el hombro—. Pasaré a verte la semana que viene.

—Eres el diablo en persona, ¿no?

—Si crees que soy el diablo...

Para nada.

